



LLAMADOS



Santa Teresa de Jesús
Tres Cantos

LLAMADOS

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS
DE TRES CANTOS**

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

(7 DE MARZO DE 2021)

INTRODUCCIÓN

Estábamos tranquilos, ocupados en nuestras tareas, cuando sin haberlo previsto, escuchamos una voz potente que nos provocaba: **Sígueme**. En ese momento, poniendo en juego nuestra libertad, quisimos unir nuestra vida a la vida de aquel que nos enseñaba a relacionarnos con Dios de un modo nuevo, con el atrevimiento de quien mirando a Dios le llama **Abbá**. Este modo de relacionarnos con Dios introdujo en nuestras vidas un horizonte nuevo, más amplio, cargado de libertad; en definitiva, nos llenó de una **esperanza** que no defrauda. Sabemos quién es el Dios que nos salva, y sabemos que no podemos confundirle con nuestra imaginación, por que él es **omnipotente**, puede hacer todas las cosas nuevas, hasta resucitar lo que todos decíamos que estaba definitivamente muerto. Esto nos ha dado el valor suficiente para mirar al **mundo** con los ojos de Dios: si él mismo lo ha creado y ha visto que es muy bueno, ¿por qué no mirarlo nosotros también así?

Pero... ¿qué quiere Dios de nosotros en este mundo? Esta pregunta es la que siempre y constantemente nos podremos hacer. Él no nos ha creado por casualidad, sino que nos ha pensado; pero, ¿para qué nos ha pensado? Él nos ha traído a este lugar en este momento de la historia; pero, ¿qué quiere de nosotros aquí y ahora?

SED SANTOS

Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre (Lumen Gentium 11).

Si tomamos en serio esta afirmación del Concilio Vaticano II, no podemos hacer como si se dirigiese a otros. Todos quiere decir todos, nunca puede ser interpretados como todos menos yo. De cualquier condición quiere decir en cualquier momento de la vida, en cualquier circunstancia y en cualquier lugar. No se trata de un asunto para atenderlo exclusivamente al final de nuestros días, como si no existiesen santos jóvenes. No se trata de una llamada exclusiva para algunos privilegiados, como si este deseo de Dios se cumpliera solo en algunos y, por supuesto, yo no estaría entre ellos. Tampoco es una cuestión que se circunscriba exclusivamente a los que han respondido a una vocación sacerdotal o religiosa, como si los laicos y matrimonios santos fuesen una especie extraña en la constelación de santos del cielo.

La llamada a la santidad es tan universal que no es diferente de la llamada al Bautismo. El día en el que fuimos consagrados como hijos de Dios resplandeció en nosotros la misma santidad de Dios y la Iglesia nos

invitó a conservarla sin mancha y siempre encendida hasta el día en que nos encontremos cara a cara con la belleza del rostro de Dios.

Por tanto, si hay algo que podemos tomarnos en serio aquí y ahora es la llamada a la santidad, principio y fundamento de cualquier vida cristiana.

EL JUSTO CAE SIETE VECES Y SE LEVANTA

La excusa más común para auto-convencernos de que la llamada a la santidad va con otros pero no con nosotros es que somos pecadores. Esta es una visión del pecado extraña, lejana... Hasta el día de hoy, que conozcamos, en la historia de la humanidad sólo la Virgen María ha sido concebida sin pecado original. La santidad no puede consistir en no pecar. Dios conoce que somos débiles, se acuerda de que somos barro, sabe que nuestra libertad está herida. Por eso no nos pide lo que para nosotros es imposible. Si una exigencia para la santidad fuese no pecar, ¿para qué nos ha regalado Dios el sacramento de la confesión? ¿Para qué se nos pide confesarnos frecuentemente? Sería una contradicción en sí misma.

Ahora, que seamos pecadores y que esta condición esté presente siempre en toda nuestra vida tampoco es una excusa para pactar con nuestro pecado. El libro de los Proverbios nos dice que *el justo cae siete veces y se*

levanta. Esta es la diferencia. El que es consciente de su llamada a la santidad sabe más tarde o más temprano, de una forma u otra, va a caer en el pecado. Pero también sabe que el pecado no tiene la última palabra. ¿O es que Dios no tiene la omnipotencia suficiente para perdonarnos, redimirnos y restaurarnos? El santo es capaz de reconocer sin miedo todos sus pecados, de no poner ninguna excusa y asumir la parte de su culpa, porque sabe que Dios es más fuerte. Al mismo tiempo, sabe que el pecado daña el corazón del hombre, dificulta que Dios resplandezca en nosotros con toda su gracia. Por eso el santo sabe que toda su vida está llamada a luchar contra el pecado, sin desfallecer, sin acomodarse, sin flaquear. Quien sabe que está llamado a la santidad, quiere vivir esta lucha con alegría, porque conoce el premio que Dios le tiene prometido.

¿Es que acaso la vida previa al Bautismo impidió a Agustín alcanzar la santidad? ¿O las negaciones de Pedro le retiró de la carrera hacia el cielo? ¿Acaso Juan Pablo II no se confesó jamás en su vida? ¿O el haber sido perseguidor de cristianos desechó toda la misión de Pablo? ¿Acaso haber nacido en una familia rica le condenó a Francisco de Asís a no acceder nunca a la santidad? ¿La ludopatía de Camilo de Lelis fue definitiva para no luchar por su conversión? *No hay santo sin pasado ni pecador sin futuro* (Papa Francisco).

REALISTAS

Vivir cada momento de la vida apasionadamente. Ése es quizá uno de los frutos que podemos reconocer en nuestro camino de santidad.

Sabemos que siempre hay motivos para quejarse, siempre hay algo por que no nos gusta o nos parece que podría hacerse de otra manera, siempre hay personas con las que podemos contar para retroalimentar nuestra auto-compasión por lo mal que están las cosas. Son esa clase de personas siempre dispuestas a la amargura. ¿Realmente alguien busca ser uno de esos quejosos? ¿Realmente las quejicas son las primeras personas en las que piensas cuando quieres descansar? ¿Crees que alguno de esos te puede ayudar a crecer en tu propia vida y en tu camino de santidad?

Si lo pensamos bien, se nos hace clarísimo que cuando queremos crecer buscamos apoyo en quienes son un referente para nosotros por su pasión por la vida, por su pasión por el mundo, por la fuerza y alegría que transmiten. Al mismo tiempo, esta clase de personas son seguramente las que más firmeza tienen a la hora de afrontar los problemas. No se trata de ser un dulzón que sólo busca agradar empalagando la realidad. Estamos llamados a ser realistas. Pero ser realista no es ser ni iluso ni deprimente. Ser realista implica mirar la realidad tal y como es y saber que Dios la quiere

mejor que nosotros mismos. Ser realista es querer cambiar el mundo para ofrecer un nuevo modo de vivir. Ser realista es estar dispuesto a arriesgar la vida apasionadamente para poder colaborar con la obra creadora de Dios.

LLAMADOS AL MUNDO

Si nuestra primera llamada es a la santidad, y para ello no hay excusa ni evasión posible, llega el momento de escuchar la siguiente llamada.

Dios nos ha llamado a la santidad en este preciso momento de la historia, en esta lugar concreto del mundo, en este entorno concreto de familia, amigos y compañeros. Es aquí y ahora donde estoy llamado a la santidad.

Pero, ¿en qué consiste concretamente esta llamada? ¿Cómo puedo traducir en actos esta llamada? ¿En qué ámbitos de la vida puedo responder al Señor.

El que quiera ser el primero, que sea el servidor. La vida entera es una vocación a la santidad. Y mi vida concreta es una vocación al servicio. Si quiero caminar hacia la santidad, necesariamente tengo que aprender a ser servidor de todos: de los que me caen bien, de los que no soporto, de los que no me querría que estuviesen cerca de mí, de los que más lo necesitan... Y el servicio es algo tan propio de los cristianos que no pode-

mos vivir sin servir. Hay una vieja sentencia que dicta que *quien no vive para servir no sirve para vivir*. Y en este camino estamos: discípulos del servicio.

Pero el servicio no se traduce sólo en la caridad para con los pobres. Yo no he caído en este momento de la historia por puro azar. Dios me ha pensado y me ha creado para un momento de la historia. Mi vida tiene sentido aquí y ahora, y cobra su sentido máximo cuando comprendo que estoy llamado a servir a todos.

Y este servicio se traduce en un servicio al mundo y se concreta principalmente en dos vertientes: estudios y trabajo.

Si vivimos el estudio sólo y exclusivamente como un gusto personal, quedamos en la frágil posición de que los gustos o habilidades cambien en algún momento de la vida y, entonces, habremos perdido el tiempo. Si vivimos el estudio sólo y exclusivamente como un reto personal para poder obtener un buen trabajo donde me remuneren con un buen sueldo y tenga un buen horario, la frustración va a aparecer en cuanto alguna de estas variantes no sea obtenida, y cualquier comportamiento sería justificado con tal de alcanzar mi fin, incluso pasar por encima de mis compañeros o de mis profesores con malas artes. ¡No! El estudio es el modo que yo tengo hoy de servir al mundo. Porque si Dios me ha regalado nacer en una familia y en un lugar donde puedo crecer intelectualmente y además me ha rega-

lado el don de la inteligencia, es para que me disponga al servicio. Todo lo bien que yo estudie hoy, es un servicio que hago a la sociedad. Es más, mi familia y la sociedad están trabajando para que yo pueda tener este tiempo -que es el más propicio para la formación- para que pueda cultivar este don al servicio del mundo. Mis estudios no son ajenos a mi camino de santidad. Si tomo conciencia de que estoy llamado a servir al mundo de esta manera concreta, las tardes perezosas, las asignaturas más difíciles, las más tediosas, el profesor más exigente y el más extraño, los compañeros más espabilados y los más empanados... todo, absolutamente todo a mi alrededor será vivido de un modo nuevo. Dios no me va a quitar las dificultades, pero sabré que Dios me ha llamado a servir en estas dificultades y que me asiste la ayuda de su gracia para caminar como cristiano por estos lares.

Por otro lado, si vivimos el trabajo sólo y exclusivamente como un medio de vida necesario para tener unos numeritos en la cuenta del banco, la ferocidad de la lucha de poder y de crecimiento se apoderará de mí, y me hará estar en medio del trabajo como un trepa o un tirano. El trabajo es algo a lo que Dios me ha llamado para servir al mundo. No hay trabajo que no sea servicio para los demás. Quizá las profesiones más evidentes sean las de médico, doctor, bombero, policía o cualquier servicio público. Pero, ¿es que acaso el inge-

niero no sirve con su sabiduría para facilitar la vida a los demás? ¿O un informático no trabaja para hacer más útiles y rápidos los procesos? ¿O un arquitecto no trabaja para hacer los espacios más adaptados a las necesidades del hombre? No hay nada que quede fuera de nuestra vocación al mundo. El modo que yo tenga de trabajar hablará de mi vocación si en todo estoy dispuesto al servicio. Por eso, elegir una profesión o trabajar en algo no es cuestión ajena a nuestro camino de santidad. Necesitamos preguntar a Dios qué quiere de nosotros, qué espera de nuestra presencia en el mundo, cuál es el lugar en el que mejor puedo servir a la humanidad y crecer en mi santidad.

LLAMADOS AL CIELO

Pero la llamada al mundo no es la única ni la última llamada que Dios nos hace. Si nuestra primera llamada es a la santidad, sabemos que todo está ordenado porque estamos llamados al cielo, a la vida eterna. Y esto se concreta también en la llamada a la consagración.

Muchas veces hemos reducido la palabra vocación a éste ámbito: ser sacerdote o consagrado. Pero interpretar la llamada de Dios sólo desde este prisma es una reducción demasiado burda.

Nos enfrentamos ahora a la llamada al estado de vida. Es decir, nuestra santidad y nuestro servicio al

mundo también se concretan en una especial consagración que transforma nuestro estado de vida. Estas vocaciones de consagración concretan nuestro modo de vivir el Bautismo que recibimos: no es un plus, no es estar más cerca de Dios, no es un privilegio. Simplemente es la decisión de querer responder a Dios que nos consagra para empezar a vivir en el mundo nuestra llamada al cielo.

Esta vocación al cielo se concreta en tres llamadas diferentes: la vida matrimonial, la vida sacerdotal y la vida consagrada.

La vida matrimonial es una llamada a vivir el amor y la entrega que Cristo tiene por su Iglesia. Se trata de vivir una vida de unión fiel, eterna y fecunda. Como Dios es fiel a los hombres, así los esposos están llamados a guardarse mutua fidelidad y para toda la vida. Como Dios se une al hombre de manera eterna, así los esposos quieren unirse en esta tierra hasta el momento de la muerte, momento en el que pasan a entrar en comunión con Dios de un modo tan admirable y bello que lo que realmente sucede es que los esposos se unen mucho más en Cristo. Como Dios es fecundo y siempre engendra nuevos hijos, así el matrimonio para ser matrimonio ha de estar abierto a la posibilidad y que ésta sea natural y real de ofrecer su unión a Dios para que engendre nuevos hijos.

La vida sacerdotal es una llamada a unirse al único y eterno sacerdocio de Cristo. Él ofreció su vida de una vez para siempre por la salvación de los hombres. Así, los sacerdotes prolongan con la entrega de su propia vida aquel sacrificio de Cristo en la Cruz. El crucificado unió definitivamente el cielo y la tierra y se convirtió en el camino para llegar al Padre. Así, los sacerdotes se unen a esta misión para que los hombres puedan peregrinar hacia el cielo por medio de los testigos que administran la gracia de los sacramentos. Los sacerdotes, con la ofrenda de su vida total, son elegidos de entre el pueblo cristiano para servir al pueblo cristiano.

La vida consagrada es una llamada a adelantar aquí en la tierra la vida del cielo. La vida del cielo es la vida en la que los cristianos entramos en plena comunión con Dios. Así, quienes responden a esta llamada, se convierten en testigos adelantados de esta comunión. En medio del mundo empiezan a vivir como viviremos en el cielo. Su vida nos recuerda que ése es nuestro futuro. Su oración mantiene viva la oración de la Iglesia que intercede por todo el mundo y ruego constantemente para que llegue a nosotros el Reino de Dios. Su entrega se convierte en testimonio vivo de que Dios no ha abandonado a su pueblo.

¿Y cómo sé yo a qué me está llamando Dios? Lo primero es preguntárselo a él, y lo segundo, estar atento a las mociones de tu propio corazón. Es cierto que todos

hacemos planes, nos imaginamos cómo será nuestra vida en el futuro, buscamos tener el planning de lo que será nuestra vida y no queremos que Dios se ponga a improvisar con nosotros. Por eso quizá sea lógico imaginar nuestra vida conforme a nuestros deseos. Pero, ¿no seremos más felices si buscamos responder al deseo de Dios para nuestras vidas?

No podemos descubrir la concreción de la vocación al cielo si no guardamos una vida de gracia: la oración, la confesión y la Eucaristía son tres pilares fundamentales de cualquier vida cristiana. Tampoco podemos descubrir nuestra vocación al estado de vida si no nos fijamos y somos sinceros con lo que vive nuestro corazón: allá donde salte de alegría, ésa es tu tierra prometida. Y tampoco podemos elegir la vocación sólo por un deseo bueno de lo que a mí me gusta. La vocación se reconoce, no se escudriña. A la vocación se responde con una decisión, no con indeterminación. La vocación no espera a que seamos perfectos para aparecer, por medio de ella nos hacemos perfectos en la santidad.

¿Y si no reconozco ninguna de estas tres vocaciones de consagración? Nunca puedes olvidar que la primera consagración es la del Bautismo y con ella llevabas la primera vocación que es la vocación universal a la santidad.

¡Ánimo y adelante! ¡La vida es apasionante!

RECONOCER

❖ Hoy podemos compartir cuál es la visión que tenemos sobre los santos del cielo: si son personas lejanas, si son modelos inalcanzables, si realmente son estímulos y ejemplo para mi vida concreta.

❖ También podemos compartir si alguna vez que me han hablado de la santidad como una vocación universal ésta ha sido para mí algo que no me mueve a darme por aludido o algo que me ha encendido en el deseo de alcanzarlo para mi vida.

❖ Otro hecho de vida que puedo compartir es si en algún momento he tenido la ocasión de experimentar que mis quehaceres cotidianos forman parte de mi camino de santidad. ¿Cómo? ¿Ha sido fácil? ¿Encuentro alguna dificultad?

❖ Por último, puedo compartir cómo está siendo mi búsqueda de la vocación al estado de vida: ¿Es algo que me he planteado? ¿Busco ayuda para recorrer este camino? ¿Me parece que ya lo tengo decidido y Dios no puede decir nada al respecto?

INTERPRETAR

SAGRADA ESCRITURA

- ❖ **Jeremías 1, 2-8:** Antes de formarte en el vientre
- ❖ **Mateo 2, 13-17:** No necesitan médico los sanos
- ❖ **Mateo 5, 43-48:** Sed perfectos como mi Padre
- ❖ **Lucas 6, 20-38:** Seréis bienaventurados
- ❖ **Efesios 1, 3-14:** Nos eligió para que ser santos
- ❖ **1 Tesalonicenses 5, 4-24:** El que os llama es fiel
- ❖ **1 Corintios 12, 4 - 13,13:** Un sólo cuerpo
- ❖ **Hebreos 12, 1-15:** Corramos nuestra carrera

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- ❖ **Lumen Gentium 11:** Llamados por el Señor
- ❖ **Audiencia General Benedicto XVI 13/04/2011:**
¿Quién está llamado a ser santo?
 - ❖ **Gaudete et Exultate 6-9:** Los santos de la puerta de al lado
 - ❖ **Gaudete et Exultate 10-13:** El Señor llama
 - ❖ **Gaudete et Exultate 14-18:** También para ti
 - ❖ **Gaudete et Exultate 19-24:** Tu misión en Cristo
 - ❖ **Gaudete et Exultate 25-31:** La santificación
 - ❖ **Gaudete et Exultate 159-165:** Combate.Vigilancia
 - ❖ **Gaudete et Exultate 166-175:** El discernimiento

ELEGIR

Como elección personal puede que este sea un momento propicio para revisar cómo estoy viviendo mi llamada personal a la santidad, qué cuestiones tengo que aprender a vivir de otra manera, dónde están las necesidades de conversión que tengo en este momento. También puede ser un momento oportuno para que delante de Dios, en mi oración, dedique un tiempo a conversar con él acerca de mi vocación en el mundo y mi vocación al cielo: Señor, ¿qué quieres de mí?

Para poder ayudarnos en este camino de santidad, podemos buscar un momento en grupo para escuchar testimonios de personas que estén buscando su santidad en su trabajo o en sus estudios y de personas que ya hayan recorrido el camino de la búsqueda de la vocación y nos puedan iluminar para recorrer el nuestro.

LA VOCACIÓN DE SAN MATEO

CARAVAGGIO, 1599-1601

IGLESIA DE SAN LUIS DE LOS FRANCESES, ROMA

Cristo, el Verbo encarnado, luz del mundo, se expone a la aceptación o al rechazo de los hombres, la aceptación de quien en la fe se le entrega, el rechazo de quien prefiere las tinieblas a la luz. En el cuadro, la contraposición resulta de la actitud de los personajes retratados bajo el rayo que corta netamente la oscuridad del ambiente. La mesa funge de altar de un culto que recoge una pequeña asamblea de "devotos" dedicados al conteo de las monedas. Al centro está Mateo que parece officiar la peculiar liturgia de la que se ha hecho ministro. La irrupción de Jesús acompañado de Pedro provoca reacciones diferentes. Las dos figuras a la izquierda están tan absorbidas en la operación de conteo que no hacen el más mínimo caso a la entrada y mucho menos a la invitación de Cristo a Mateo. Al contrario, la luz imprevista no hace sino agudizar la atención a las monedas revisadas incluso con un par de lentes. Sobre la misma mesa, frente al "oficiante" Mateo está en clara evidencia el libro de las escrituras donde la pluma del publicano anota con diligencia los movimientos de ida y venida de aquel "señor" hasta ese momento patrón de su vida y de sus pensamientos y proyectos.

Junto al libro la bolsa de las monedas hace referencia por contraste a las prescripciones de Cristo: "No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas" (10,9). No es extraña a la "liturgia" en curso la presencia de hombres armados; también la espada del que está sentado de espaldas parecería una pieza

que hace parte del ritual. De modo diferente a los dos primeros personajes, Mateo y el joven armado se dejan sacudir por la interrupción de los dos nuevos que llegan; lo dice el movimiento de los ojos, de los rostros y la torsión de los cuerpos. Las manos del publicano señalan un evidente contraste. La derecha está rígida sobre la mesa y sobre las monedas, mientras que la izquierda se la lleva vivazmente sobre el pecho. La cara interroga el rostro de Cristo como para preguntar: "¿Has venido por mí? ¿Precisamente aquí donde no se hace más que negociar y tratar dinero?" La mano extendida de Cristo y la de Pedro no dejan espacio a dudas: "Tus asuntos y tu dinero son para ti una prisión, viene a ti el Reino de Dios, se hace presente conmigo a la puerta de tu vida y te llama".

